

A sangre fría

José Miguel Torres Calero

El sábado 3 de septiembre de 1966, fue asesinado con crueldad enfermiza y alevosía, Julio Tang Texier, de 29 años vecino del barrio obrero de Luyanó en la ciudad de La Habana. De origen humilde y talabartero de profesión, poseía un voluminoso historial revolucionario. Había militado en el Movimiento 26 de Julio bajo las órdenes de Bernardo Corrales que, posteriormente, fue fusilado en La Cabaña por el Gobierno de Castro. En el Ejército Rebelde Julio alcanzó el grado de teniente pero, convencido de que la revolución por la que había luchado tomaba un rumbo totalitario-comunista, se unió de nuevo al capitán Corrales y a un grupo de ex compañeros descontentos, que fundaron el Movimiento Demócrata Martiano. El Chino Tang, como se le conocía, era un mestizo de chino y mulata, de eterna sonrisa, sencillo y amable. Militante de la Juventud Obrera Católica (JOC), se desempeñaba como activista dentro de la prisión.

El aciago día, el bloque estaba trabajando contiguo a un caserío llamado Moscú por la cantidad de soldados que vivían en él, cerca de Nueva Gerona, y frente a una obra en construcción con trabajadores civiles.

Alrededor de las doce del día, el militar jefe del bloque, conocido como La Pinta, amonestó al recluso Rufino Valdés Montano, porque llevaba mucho rato amolando la guataca. De regreso a la línea de trabajo, le dijo a Julio que tirara la guataca con más fuerza. El personal estaba trabajando parejo y el Chino continuó tirando el instrumento al mismo ritmo. La Pinta se puso histérico y comenzó a gritar: «¡Tira la guataca con más fuerza!, ¡tira la guataca con más fuerza!», mientras el Chino, con paciencia oriental hacía caso omiso de sus palabras. Entonces La Pinta le pidió el azadón y lo conminó a arrancar la hierba con las manos. Tang lo miró con firmeza y le contestó que no lo haría. Inmediatamente, el cabo Licho Arcia Rojas, que ya se encontraba en la escena, la emprendió a bayonetazos (de Springfield) contra el indefenso preso, que a duras penas los esquivaba con ambos brazos. En ese momento intervino el jefe del bloque y lo golpeó con el azadón en la región sacrolumbar; el Chino cayó al suelo y el cabo Arcia se apresuró en ponerle la rodilla en la espalda y una llave de estrangulación en el cuello, acto seguido le clavó la bayoneta en el muslo, haciendo girar repetidamente la hoja, cuando la extrajo, Julio emitió un gemido y salió por la herida un chorro de sangre.

El bloque completo esgrimió sus guatacas y avanzó hacia donde se encontraba tendido Tang. Simultáneamente el cordón comenzó a disparar sus armas por sobre nuestras cabezas; junto a los disparos de los rifles se oían las ráfagas de tres ametralladoras calibre 50 de trípode. Sin pensarlo dos veces cargamos al Chino y lo colocamos en la cama de un camión militar. Cuando depositamos el cuerpo, la sangre brotó de nuevo con fuerza.

Llegó muerto al dispensario del reclusorio que quedaba a unos tres kilómetros de distancia.

Lo mataron delante de mí... y no pude hacer nada.

Pendiente de un hilo

Durante la etapa del trabajo forzado, nuestras vidas siempre estuvieron pendientes de un hilo, dado el poco respeto que se tenía por la vida humana. El 9 de diciembre de 1966 se produjo un tiroteo de enormes proporciones en el que mataron a Eddy Álvarez Molina y Danny Crespo, hiriendo también de bala a René González Guerra.

Estábamos regando abono en la finca El Abra, cerca de Nueva Gerona. La primera pareja que llenó el jolongo, tomó un surco que estaba bastante cerca del cordón y uno de los custodios le disparó. Ahí mismo empezó un fuego cruzado, que atrapó al propio sargento y a los cabos del bloque que empezaron a gritar tratando de detener aquel tiroteo. Los cabos estaban aterrorizados, pero entre los presos se produjo una reacción sorpresiva e inconcebible para personas ajenas a la dinámica humana que se vivía en los bloques de trabajo forzado: los presos no nos tiramos al suelo; los tiros cruzando y los presos de pie. Los cabos nos gritaban desde el suelo diciendo que estábamos locos y hubo respuestas muy originales, en especial un grito muy claro de José Candelario que recuerdo perfectamente: «No nos tiramos al suelo porque nos ronan los cojones y hay que matarnos parados».

La balacera se mantuvo bien cerrada sus tres o cuatro minutos. Al terminar los disparos, los presos empezaron a coger palos, piedras, lo que hubiera, y los cabos se dividieron tratando por una parte de controlar a los guardias del cordón y por otra a nosotros, hasta que vimos a los heridos desangrándose y la cordura se impuso.

Inmediatamente, Alberto Walsh, Lionel Rodríguez y José Candelario hablaron con el jefe del bloque y le dijeron muy enérgicamente, pero controlando el tono y el sentido de las palabras, que los compañeros heridos no se podían quedar allí y que nosotros íbamos a sacarlos de todas maneras. Los cabos respondieron que no había camiones disponibles y nuestra respuesta fue que los íbamos a cargar y salir a la carretera para detener algún vehículo, que le garantizábamos que nadie se iba a fugar, y que si no nos creían, ya podían empezar a disparar porque íbamos a cruzar el cordón. Así lo hicimos y

logramos finalmente detener un camión y colocar los heridos en el mismo; por supuesto, nadie se fugó.

Minutos más tarde, llegaron alrededor de cien guardias y varios oficiales armados para combatir, incluyendo dos tanquetas.

En el camino hacia el presidio murió Eddy y el 25 de diciembre falleció Danny.

